

EL DEBATE SOBRE EL DISCURSO IDENTITARIO

MARÍA JOSÉ VILLAVERDE

El discurso sobre la identidad lleva años en el primer plano de la ciencia política; se podría incluso decir que es uno de los temas estrella de las últimas décadas. Es un discurso con gran predicamento entre los republicanos, nacionalistas y comunitaristas pero lo relevante es que ha calado también entre algunos autores liberales como Will Kymlicka, Margalit, Raz o Ronald Dworkin, lo que demuestra, en mi opinión, que las posiciones republicanas y nacionalistas están impregnando la teoría liberal.

1. Taylor y Kymlicka

El gran artífice del discurso identitario ha sido Charles Taylor, el filósofo, politólogo y político canadiense a quien hay que reconocer el mérito de haber sabido vender el discurso sobre la identidad y convertirlo en algo atractivo para todos. Charles Taylor es el portavoz de un nacionalismo refinado y sofisticado, muy alejado de la rudeza del nacionalismo étnico del siglo XIX, el de Herder y Fichte. Se trata de un nacionalismo de nuevo cuño que trata de tender puentes entre el liberalismo y el comunitarismo y que dice fundamentarse en el respeto a los derechos individuales. Taylor publicó

en 1989 *Fuentes del yo* y en 1992 participó en un libro colectivo de gran éxito que se llamó *El Multiculturalismo y "la política del reconocimiento"*. Ha escrito también sobre ciudadanía, inmigrantes y otros temas relacionados con la identidad. En 2007 publicó *A secular Age* y en 2011 *The Power of Religion in the Public Sphere* (con Judith Butler y Habermas).

El otro gran abanderado del discurso identitario actual es Will Kymlicka, un nacionalista liberal que intenta conciliar nacionalismo y liberalismo. Kymlicka se ha impuesto la tarea de reformar el liberalismo para hacerlo compatible con los derechos de las minorías nacionales que, a su juicio, han estado discriminadas durante siglos por los Estados-nación. Es decir, ha tratado con ahínco de conciliar los derechos individuales con los derechos de los grupos minoritarios nacionales y de justificar por qué estos grupos deben tener derechos especiales. No le interesan tanto las restantes minorías discriminadas, como los grupos religiosos perseguidos (recordemos las persecuciones contra los cristianos en Irak, Egipto, Pakistán o Nigeria), las mujeres, los homosexuales, los inmigrantes, los discapacitados, etcétera.

Kymlicka ha hecho un enorme esfuerzo teórico para convencernos de que la cultura es un derecho individual, consciente de que si reivindicase el derecho a la cultura como un derecho colectivo atentaría contra la esencia del liberalismo. De ahí su insistencia en que la defensa de la cultura no está reñida con los principios liberales y que el conflicto entre derechos individuales y derechos de los grupos es hoy un espejismo. Su libro más importante es probablemente *Ciudadanía multicultural*, de 1995, que fue traducido al castellano en 1996. En 2001 publicó *La política vernácula*, traducido en el 2003. En 2003 editó *Language Rights and Political Theory*, en 2007 *The Globalization of the Ethics* y, en 2008, *The Politics of Reconciliation in Multicultural Societies*.

Es de destacar que tanto Taylor como Kymlicka gozan de enorme prestigio en el ámbito de la ciencia política española, así como entre los nacionalistas gallegos y catalanes, que han aplicado en sus políticas muchas de sus ideas.

Para referirme a Kymlicka y Taylor, así como a Iris Young, Raz, Margalit y Ronald Dworkin utilizaré indistintamente los términos

identitarios, culturalistas o multiculturalistas. Con ello entiendo aquellos grupos o autores que ponen especial énfasis en la importancia que ejerce el grupo o la comunidad en la creación de la identidad de una persona, y que tienden a subrayar las diferencias con otros grupos y a exigir protección para ellas. Obviamente hay diferencias entre estos autores en muchos aspectos pero a mí me interesa destacar aquí lo que les une, que es la defensa de la identidad social de los individuos.

Es cierto que algunos identitarios como Kymlicka y Ronald Dworkin se autodenominan liberales; pero se trata, en mi opinión, de un "liberalismo diluido" que ha renunciado al menos a dos principios fundamentales. Uno, que la igualdad entre las personas está por encima de sus diferencias¹; y dos, que la defensa de los derechos humanos y los valores de libertad y autonomía personal prevalecen sobre los intereses de los grupos. En este sen-

¹ Ello no significa necesariamente negar las diferencias. Se puede establecer un paralelismo entre la cuestión identitaria y la cuestión de género pues en ambos casos se puede optar entre hacer hincapié en lo que nos une o lo que nos separa.

tido, la identidad grupal es una de las posibles identidades de una persona; pero ni es la única ni necesariamente la más importante y desde luego no puede imponerse de manera coactiva.

2. Appiah

Para dar la réplica a Kymlicka y a Taylor en el tema de la identidad voy a referirme a Martha Nussbaum, a Dominique Schnapper, a Amartya Sen, a Habermas, a Jeremy Waldron, pero dedicaré especial atención a Kwame Anthony Appiah, que me parece el autor más idóneo para contrarrestar los argumentos de los identitarios por dos razones. La primera es que él ha reflexionado y escrito mucho sobre esta cuestión –tiene al menos tres libros y un ensayo, que yo conozca. Con el primer libro, que se titula *In my father's house* y es de 1992, ganó el premio de la Fundación Cleveland y consiguió mucha popularidad. El libro trata sobre el tema de la identidad africana a finales del siglo pasado, de la posibilidad y de los obstáculos para realizar dicha identidad, de las ideas preconcebidas sobre la raza que han enredado el debate desde el siglo XIX y, finalmente, de la necesidad de superar la noción de raza. Appiah cree que los intentos

por construir, por ejemplo, una literatura africana han fracasado porque no tienen en cuenta la multiculturalidad de África ni la enorme influencia de los países y de la cultura occidental.

En la edición de 1994 de *El multiculturalismo y "la política del reconocimiento"* el libro en el que también participaba Taylor, publicó un ensayo muy crítico contra las posiciones de éste; y posteriormente escribió otros dos libros, *Cosmopolitismo*, que tiene por subtítulo *La ética en un mundo de extraños* (es del año 2006 y fue traducido al castellano en el 2007) y *La ética de la identidad*, del 2005 y que también fue traducido al castellano en el 2007. Su último libro, publicado el año pasado, es *The Honor Code*.

Cosmopolitismo aborda un tema especialmente interesante, que es cómo deberían ser tratadas las identidades existentes en nuestras sociedades multiculturales y qué clase de identidades deberían existir hoy. Dicho de otro modo, a Appiah le preocupa cómo se puede conjugar nuestra sociabilidad con nuestra individualidad, partiendo del objetivo liberal de la autonomía del sujeto. Porque Appiah es un liberal que ha estudiado los fundamentos filosóficos del liberalismo y que apuesta

por el cosmopolitismo pero que no renuncia a los particularismos, un poco a la manera de Amartya Sen, el premio Nobel de Economía indio.

La segunda razón por la que considero a Appiah un autor especialmente apropiado para reflexionar sobre el tema de la identidad es debido a sus características personales. Su padre, de nacionalidad ghanesa, estudió derecho en Londres y llegó a ser un conocido abogado y político, embajador y miembro del Parlamento de Ghana quien, a la vez que se consideraba ciudadano del mundo, se convirtió en líder del movimiento independentista de lo que por entonces se llamaba Costa Dorada. Es decir, estaba convencido de que no existía conflicto entre lo particular y lo universal. La madre de Appiah es una novelista inglesa perfectamente integrada en Ghana (donde creo que aún sigue viviendo) pero a la vez muy vinculada a su familia inglesa. Appiah nació en Londres, pasó su infancia en Ghana, se educó después en Inglaterra, donde estudió filosofía en Cambridge, dio más tarde clases en Harvard y ahora es profesor en la universidad de Princeton.

Creo que le ha preocupado particularmente el tema de la identidad porque, aunque na-

cido y educado en Inglaterra, es un africano de raza negra con sólidas raíces ghanesas, y es además un homosexual reconocido. Es decir, tiene múltiples identidades: como negro, como africano, como liberal, como cosmopolita, como homosexual, aunque no se si él las pondría en este orden. Pero de lo que si estoy convencida es que ha pensado mucho en cómo integrar esas diferentes identidades.

Hay dos frases en los libros de Appiah sobre las que me gustaría reflexionar aquí. Una afirma que vivimos en un mundo que exagera el valor de la diferencia frente a la igualdad. Y la otra sostiene que las leyes contra la discriminación que existen en algunos países tratan a las identidades como una especie de minusvalías. Explicaré a continuación por qué dice que estamos exagerando el valor de la diferencia y que límites deberían establecerse ante las exigencias identitarias pero antes voy a exponer cuáles son las posiciones de los identitarios.

3. La postura de los identitarios. Los liberales relegan las diferencias

Los identitarios vienen acusando a los liberales desde hace décadas –y podríamos añadir que con mucho éxito– de re-

legar las diferencias en nombre del *igualitarismo*. Reconocen, eso sí, la gran batalla que el liberalismo ha librado desde la Ilustración para alcanzar la igualdad, es decir, para conseguir que los ciudadanos fueran tratados *solamente* como personas, sin tener en cuenta el género, la etnia, la religión, etcétera, pero piensan que seguir enfatizando hoy la igualdad es un error.

Se basan en Kant —y no deja de ser llamativo que recurran a Kant para criticar a los liberales— para afirmar que, según el principio de la igual dignidad de las personas, todas son merecedoras del mismo respeto y de un trato igual cualesquiera que sean sus diferencias y, por lo tanto, todas deben tener iguales derechos civiles, políticos y sociales. Pero añaden que del principio kantiano se deduce también el principio de diferencia, que otorga rasgos diferenciadores a los individuos y a los grupos. Este segundo principio fue de hecho reconocido en 1966 por la ONU, que aprobó el Pacto Internacional sobre Derechos Civiles y Políticos que, en su artículo 27, afirma que los Estados con minorías étnicas, religiosas o lingüísticas no negarán a los sujetos pertenecientes a dichas minorías el derecho a su cultura, lengua o religión.

La importancia del grupo

Los identitarios denuncian en segundo lugar lo que llaman la “incomprensión” de los liberales ante los lazos que las personas forjan con los grupos y las comunidades a las que pertenecen. Afirman que la vida de los seres humanos se lleva a cabo en el marco de un grupo que les ayuda a construir su identidad y a elegir sus valores. Es decir, sostienen que no

existe nada parecido al yo “sin ataduras” de Rawls, que no existe un individuo que pueda elegir y cambiar sus opciones vitales, que no existe un *yo* fuera del marco comunitario, pues es la comunidad la que dota de *sentido* al individuo, de significados *fuertes* con los que orientarse en la esfera moral. Sin comunidad —es más, sin comunidad *lingüística*— no hay identidad. Esa cultura que nos proporciona el grupo es, según Will Kymlicka, un bien primario que nos permite llevar a cabo elecciones significativas entre varias alternativas a lo largo de nuestras vidas. Es un bien como el oxígeno, según John Tomasi, una de las necesidades elementales de la vida como la comida, la seguridad o la procreación. Es un bien público como los parques o los puentes, de acuerdo con Ronald Dworkin.

El argumento de que la cultura es un bien para el individuo tiene importantes consecuencias políticas pues, al considerar que las personas sólo pueden llevar vidas “con sentido” en el marco de su cultura específica, los identitarios no solo reclaman respeto para su cultura y su modo de vida, sino una política de reconocimiento para las culturas minoritarias.

La política del reconocimiento y la ciudadanía diferenciada

El término “política del reconocimiento” fue acuñado por Taylor pero Iris Young utiliza el de “ciudadanía diferenciada”. Las dos expresiones son, en esencia, sinónimas y ambos autores, junto con Kymlicka, Ronald Dworkin, Raz, Margalit, etcétera, exigen con ello el reconocimiento político de las minorías culturales o nacionales.

Dicho reconocimiento conlleva medidas de discriminación positiva como la supresión de determinadas normas o leyes para favorecer a dichos grupos. Entre dichas medidas cabe citar el sistema jurídico especial implantado en Bolivia para la población indígena con el fin de resarcirla por la discriminación histórica sufrida, o las exenciones al sistema educativo obligatorio concedidas en Estados Unidos a los Amish. Como es sabido, los niños Amish no están obligados a ir al colegio público hasta los 16 años, como los restantes niños estadounidenses, con el fin de proteger su identidad como grupo. Un tercer ejemplo sería el caso de Quebec, donde la lengua francesa goza de protección especial y es el único idioma oficial². Will Kymlicka justifica estas medidas como defensa ante lo que llama la “hegemonía lingüística de los dominadores”. Y Taylor, en *El multiculturalismo y “la política del reconocimiento”*, respalda las “restricciones” impuestas por el gobierno de Quebec a los ciudadanos quebequenses en nombre de “la meta colectiva de la supervivencia de la cultura”, un eufemismo para hablar del recorte de los derechos individuales³.

Hay que aclarar que los liberales no estarían necesariamente en contra de establecer medidas de discriminación positiva para reparar determinadas discriminaciones históricas, siempre que fuesen *temporales*. Porque es cierto que, aunque los Estados quieran ser neutrales

y mostrar igual respeto por todos los grupos, no siempre pueden evitar marginaciones en algunos casos involuntarias. Pongamos el caso de los zurdos. Los zurdos son un grupo claramente desfavorecido porque la colocación de los picaportes de las puertas de los edificios públicos, por ejemplo, está pensada para diestros. Pero igual puede ocurrir con las lenguas y las culturas minoritarias, que efectivamente pueden estar discriminadas por la lengua y la cultura mayoritarias. Porque un Estado puede ser neutral, por ejemplo en el ámbito religioso, pero no puede evitar usar de preferencia una determinada lengua en la administración estatal o en la educación pública. Ello requeriría la adopción de disposiciones para conseguir una mayor igualdad entre la cultura mayoritaria y las minoritarias, o para favorecer a los grupos discriminados⁴.

Pero tanto Taylor como Kymlicka rechazan las medidas *temporales* porque, en palabras de Taylor, no responden a los *verdaderos* intereses de las minorías, que consisten en preservar las diferencias. Es decir, el objetivo no es alcanzar la igualdad con los grupos mayoritarios sino convertir la diferencia en objeto de protección permanente.

El discurso de la diferencia y la política del reconocimiento ha calado tanto en

⁴ Por ejemplo, el establecimiento en Cataluña del castellano y del catalán como lenguas oficiales (siempre que no se discrimine a ninguna de ellas) y la enseñanza de ambas lenguas en pie de igualdad serían medidas que encajarían perfectamente dentro de una concepción liberal.

² Entre otras medidas, hay inspectores lingüísticos que controlan su uso.

³ La política lingüística de la Generalitat de Cataluña se enmarcaría dentro de estos criterios.

las sociedades liberales que se ha llegado a situaciones preocupantes. Un ejemplo. En 2003 en la ciudad estadounidense de New Haven hubo exámenes de ascenso al cuerpo de bomberos y las mejores notas las obtuvieron 19 bomberos blancos, de los cuales uno era disléxico y dos hispanos. Pero 18 bomberos de raza negra denunciaron que habían sido discriminados por motivo de raza y, como consecuencia, la prueba fue invalidada. Los bomberos blancos recurrieron y finalmente el Tribunal Supremo de Estados Unidos les dio la razón. En la sentencia dicho Tribunal advertía del peligro de racismo inverso, y se amparaba en la Ley de Derechos Civiles de 1964 que se creó para proteger a las minorías negras. Curiosamente, en este caso, dicha ley ha servido para proteger los derechos de un grupo de trabajadores blancos.

La exigencia de preservar la diferencia puede también tener consecuencias políticas graves para los Estados porque los identitarios no solo reclaman el derecho de autogobierno, competencias territoriales y el derecho de representación, sino que no descartan la secesión, aunque es verdad que Taylor se manifestó en contra en el caso de Québec y que para Kymlicka supondría el fracaso de su teoría.

4. La crítica a los identitarios desde posiciones liberales. Las identidades obligatorias
Según Appiah, las medidas de reconocimiento que los identitarios defienden en nombre del pluralismo conducen paradójicamente

a la homogeneización del grupo minoritario y a restringir la autonomía de sus miembros. Por ejemplo, al eximir a los niños Amish de la enseñanza obligatoria para preservar su cultura, en la práctica se limitan sus oportunidades futuras, se coarta su libertad para construir su vida y se dificulta su derecho a abandonar el grupo si lo desean.

De igual modo, al impedir a los quebequeses el acceso adecuado al idioma inglés, que es la lengua política de Canadá, y al educarles *sólo* en francés en la enseñanza primaria para preservar su identidad francófona, se viola el principio de igualdad de todos los ciudadanos, se coarta su autonomía individual y se limitan las oportunidades de los más jóvenes para construir su futuro. Pero, además, al exigir que las medidas sean intemporales, se impone una identidad obligatoria, no solo a esta generación sino a las generaciones futuras, de la que difícilmente podrán escapar.

A juicio de Appiah, el objetivo fundamental del gobierno quebequés a la hora de decidir cuál debe ser la lengua principal en las instituciones públicas no debería ser preservar a toda costa la identidad francófona sino de garantizar la igualdad y autonomía de los ciudadanos. Pero los identitarios no piensan lo mismo.

En el debate entre cosmopolitas y comunitaristas que promovió Martha Nussbaum en los Estados Unidos en los años noventa, Taylor no solo se mostraba dispuesto a restringir los derechos individuales en caso de colisión con los de-

rechos culturales, sino que acusaba a los cosmopolitas de poner en peligro a las democracias modernas, al socavar el patriotismo. En relación a Québec, Taylor aseguraba que sería *suicida* para el gobierno permanecer neutral en relación a la lengua y a la cultura porque tejen la base del patriotismo. Y añadía que un gobierno que no hiciera de la defensa de la cultura y de la lengua su bandera comprometería seriamente su futuro.

En cuanto a Kymlicka (que tanto se queja de los intentos de homogeneización estatal) a pesar de ser consciente de que la política de discriminación positiva a favor de las minorías nacionales puede coartar los derechos de sus miembros, no propone nada para impedirlo.

La ética preservacionista

Los multiculturalistas consideran un deber preservar la cultura y conciben la asimilación cultural como aniquilación. Tanto Taylor como Kymlicka o Dworkin aseguran, en efecto, que no hay nada más legítimo que luchar para que la propia identidad no se pierda.

Esta ética preservacionista ha sido fuertemente criticada desde posiciones liberales. Habermas, que también participaba en la edición de 1994 de *Multiculturalismo*, acusaba al preservacionismo de concebir las culturas como especies en vías de extinción que hay que preservar a toda costa. Y sostenía que, aunque las democracias liberales respetan un gran número de identidades culturales y otorgan a las culturas minoritarias el derecho de coexistir con las mayoritarias, no tienen porqué garantizar su supervivencia.

Appiah, por su parte, sostiene que los culturalistas confunden el respeto a las culturas con el respeto a las personas. Porque las culturas, como los pueblos, no son titulares de derechos; son solo las personas las que los poseen. Y afirma también que los culturalistas confunden la exclusión política con la exclusión cultural. Porque puede que algunos grupos sufran exclusión política pero no exclusión cultural porque, salvo los ermitaños, todos estamos integrados en algún tipo de cultura, sea mayoritaria o minoritaria o, mejor aún, en una mezcla de culturas, porque las culturas raramente son puras e inmaculadas sino que suelen ser mestizas. Otra cosa es que los preservacionistas quieran por todos los medios conservar sus culturas incontaminadas.

Dominique Schnapper –socióloga y miembro del *Conseil Constitutionnel* de Francia hasta 2010 (Tribunal Constitucional francés)– se preguntaba si los culturalistas pretenden que para proteger nuestras respectivas culturas nos encerremos en nichos culturales o “nichos étnicos”, como ella los llama. Y es que, si podemos cambiar de religión e incluso de nacionalidad, ¿por qué debemos necesariamente atarnos de por vida a nuestra cultura?

Según Appiah no se puede encerrar a las personas en un tipo de diferencia de la que quieren escapar. Pues hay gente que rechaza la integración en un grupo cultural porque le suena a reducción, a restricción, y quiere abrirse a otro tipo de identidades más abiertas, más cosmopolitas. Podemos

querer escapar de nuestra condición de madrileños porque no nos gusta el cocido ni el chotis ni las fiestas en la pradera de San Isidro; podemos querer escapar del catolicismo en el que hemos sido educados porque nos consideramos agnósticos; y podemos querer escapar incluso de nuestra identidad de españoles porque nos sentimos europeos o cosmopolitas sin más. ¿Significa eso un hándicap para nuestra identidad personal, significa que somos unos parias sin identidad por huir de las identidades grupales?

Pero incluso aquellos que están cómodamente integrados en su grupo cultural pueden saludar con entusiasmo la irrupción de productos de otras culturas. Appiah nos habla del alborozo que despertó en su aldea de Ghana la llegada de Mc Donalds y de Levis porque los ghaneses los consideraban modernos y occidentales y, por ello, enormemente atractivos.

Así pues, ni todas las personas quieren el cobijo de su grupo cultural, ni todas las minorías buscan preservar sus peculiaridades. El objetivo de los discapacitados, por ejemplo, no es preservar su diferencia como discapacitados, sino alcanzar la igualdad con los no discapacitados, es decir, tener los mismos derechos y las mismas oportunidades que ellos. Lo mismo se podría decir de los pobres, de los zurdos, de los homosexuales y de los grupos religiosos perseguidos.

Un aspecto importante para preservar la cultura de un pueblo es conservar su patrimonio cultural pero, a veces, éste se determina

de modo arbitrario. Appiah pone el ejemplo de los nigerianos que reclaman como parte de su patrimonio cultural las esculturas *nok*. En realidad están reclamando para una nación que tiene menos de un siglo de antigüedad obras de arte de una civilización de hace más de 2.000 años, creadas por un pueblo que ya no existe y de cuyos descendientes nada se sabe. Tal vez habría que preguntarse por qué Nigeria tiene un derecho especial sobre esos objetos y si no deberían ser patrimonio cultural de toda la humanidad. De hecho la Convención de La Haya ya declaró en 1954 que el daño a los bienes culturales de un pueblo constituye un daño al patrimonio cultural de toda la humanidad.

En el mundo de la globalización, de Internet y de las parabólicas, pretender preservar la pureza de una cultura es absurdo porque las culturas interaccionan y se influyen mutuamente. Como dice Jeremy Waldron, la gente come en restaurantes chinos, escucha música celta, ve exposiciones de arte africano y lee la última novela de Umberto Eco. Es decir, vivimos en un mestizaje de culturas; y, como afirma Carlos Thiebaut, no pertenecemos a una cultura específica en la que nos socializamos, sino que nos socializamos en una diversidad de culturas.

Además las culturas se transforman y se reinventan continuamente. Porque la gente, sobre todo los jóvenes, inventan continuamente nuevas formas de diferenciarse, formas de vestirse y de peinarse distintas como las de los punkis o los góticos,

nuevas jergas para comunicarse, etcétera.

Pero si, como reconoce el mismo Kymlicka, las culturas son dinámicas y cambiantes ¿cómo se justifica la política preservacionista? ¿Por qué esa obstinación en que la identidad no se pierda? Taylor reconoce que no se trata solo de preservar sino de *crear* una cultura.

Richard Handler explica en su libro *Nacionalismo y la política de cultura* que comenzó a hacer trabajo de campo en Quebec en 1977 para describir los rasgos culturales de la ideología nacionalista quebequesa, y cuál no sería su sorpresa al no encontrarlos. Cuando preguntaba a la gente ¿qué significa ser quebequés? le contestaban que vivir en Quebec y vivir como quebequés. Y cuando les pedía que concretasen qué es vivir como quebequés, le respondían que participar en la cultura quebequesa, pero eso era algo sumamente vago, imposible de definir. Así que Handler se vio obligado a cambiar el objeto de su investigación y a centrarse en el estudio de la *construcción* de objetos culturales.

Por otra parte, si la cultura es un bien ¿por qué los identitarios no reclaman protección para todas las culturas minoritarias? Se quejan de la distribución desigual de la cultura, de que hay culturas en descomposición (el término es de Margalit y Raz) y de que esto reduce las oportunidades económicas y políticas de sus miembros, pero a la vez algunos de ellos, como Kymlicka, solo piden medidas de protección, por ejemplo para los inmigrantes,

si existe un contingente *significativo* de personas. ¿Significa esto que los letones que viven en Canadá y obviamente son pocos no tienen derecho a su cultura, a pesar de ser un bien primario como el oxígeno y a pesar de que, precisamente por ser pocos, su cultura estará más amenazada que la de los francófonos, que sí tienen derecho a medidas de discriminación positiva? ¿No es esto discriminar a quienes más lo necesitan?

Pero, además, las identidades colectivas pueden obstaculizar y ser un freno para la realización del proyecto vital de las personas. En diciembre pasado, la BBC entrevistaba a una chica afgana apasionada por el fútbol que había tratado de suicidarse porque su familia y su comunidad la prohibían jugar en el equipo femenino de fútbol de Afganistán. En nuestro país, hace unos años, una chica mauritana de 14 años denunció a sus padres por obligarla a contraer un matrimonio forzoso. Los padres fueron condenados por un tribunal por los delitos de amenazas, coacciones y agresión sexual; pero a raíz de la condena, un grupo de mauritanos se manifestó ante del tribunal para protestar porque no se respetaban sus tradiciones culturales.

Pero tal vez el caso más llamativo sea el de Canadá. En British Columbia existe una pequeña localidad llamada Bountiful donde una secta mormona practica la poligamia. En las últimas décadas ha habido varias denuncias por abusos de menores, tráfico de adolescentes y matrimonios forzosos. En el año 2009, dos líderes

mormones fueron juzgados por poligamia. Uno tenía 20 mujeres, de las cuales 4 tenían 15 años y 9 eran menores de 14 años, que era entonces la edad mínima para contraer matrimonio en Canadá. Al final, el juicio se suspendió por fallos técnicos y porque ningún miembro de la comunidad quiso declarar como testigo. Pero en diciembre del 2010, el fiscal general del Estado de British Columbia solicitó al gobierno de Canadá que despenalizara la poligamia alegando que su prohibición atenta contra un derecho fundamental como es la libertad religiosa. Sin embargo, el 82% de la población canadiense está en contra de la despenalización porque considera que la poligamia vulnera los derechos de las mujeres mormonas, que viven aisladas del resto del país, no tienen acceso a la educación pública y no tienen ninguna otra opción de vida.

Todos estos ejemplos prueban que la identidad individual se sigue sacrificando a veces en nombre de la identidad del grupo. De ahí que resulte sorprendente que Kymlicka afirme con tanta contundencia que el conflicto entre derechos individuales y derechos colectivos es hoy un espejismo.

Cada uno de nosotros tiene múltiples identidades sociales. Somos hombres o mujeres, heterosexuales u homosexuales, católicos, protestantes, musulmanes, budistas, agnósticos o ateos, votamos al PP, al PSOE, a IU o a quien sea, somos simpatizantes del Barça o del Real Madrid, etcétera. Obviamente no todas estas identidades tienen la mis-

ma importancia, algunas son triviales o incluso pasajeras. Podemos cambiar de club de fútbol e incluso de religión, nacionalidad y hasta de orientación sexual. Y tenemos el derecho de dar a cada una de estas identidades el valor que consideremos oportuno. Por ello, el hecho de que se nos obligue a que nuestra vida pivote sobre una de ellas es una imposición que atenta contra nuestra autonomía personal.

Pero, además, algunos grupos culturales se basan en el antagonismo, son abiertamente reprobables y sus valores son muy negativos. Pensemos, por ejemplo, en el Ku Klux Klan o en tribus urbanas actuales como los Latin Kings que inculcan en sus miembros la violencia y la intolerancia.

Margalit y Raz, en un capítulo del libro de Kymlicka *Los derechos de las minorías*, llegan a admitir que “los grupos y sus culturas pueden ser perniciosos, basarse en la denigración y persecución de otros grupos”. Y Appiah se refiere a los estudios etnográficos comparativos que demuestran que muchas etnias e identidades culturales se han creado desde el antagonismo. Por ejemplo, los malayos empezaron a tomar conciencia de su identidad como malayos con la llegada de los chinos; y los indios no se consideraron a si mismos indios hasta la llegada de los británicos.

Pero el caso más significativo es el de los hutus y los tutsi. Como es sabido, ambos grupos tenían originalmente la misma lengua y la misma religión, es decir, tenían básicamente la misma cultura. Y fueron

los belgas los que crearon artificialmente las diferencias entre ellos a partir de meros rasgos físicos como la altura.

La pregunta que se hace Appiah es que si el conflicto es endémico al multiculturalismo, como sostienen los propios culturalistas como Raz, y si las culturas no son necesariamente un bien sino que pueden conducir al enfrentamiento y hasta el exterminio en algunos casos, ¿por qué hay que preservarlas? ¿No sería mejor, por ejemplo, que los hutus y los tutsi se convirtieran en ruandeses o burundeses, aún a costa de que desaparecieran sus respectivas culturas, que además son inventadas?

Y si las identidades no son ni naturales ni dadas, sino que en gran medida se construyen, ¿no pierden legitimidad las demandas de autogobierno de los identitarios como Kymlicka y Taylor, o de secesión como Yael Tamir?

Aclaremos para finalizar que los liberales como Nussbaum o Appiah no niegan las diferencias. Appiah, por ejemplo, está de acuerdo con Kymlicka, Charles Taylor e incluso con MacIntyre en que los particularismos locales determinan en gran medida quienes somos. Pero, a diferencia de los identitarios, advierte de los peligros de sobrevalorarlos y constata que la identidad grupal puede suponer un grave obstáculo para la realización personal. Además, en su opinión, el hecho de compartir una lengua, unas costumbres o una religión no genera automáticamente en un grupo ni la necesidad ni el derecho de convertirse

en Estado. “Una identidad nacional —dice— lejos de ser algo que por si mismo genera el deseo de formar un Estado, es algo que se genera en un pueblo como una reacción a un Estado”.

Por su parte, Taylor y Kymlicka, a quienes tanto preocupan los derechos lingüísticos de las minorías nacionales y especialmente de los francófonos canadienses, no se molestan sin embargo en decirnos si, en caso de secesión, el gobierno de Quebec otorgaría la misma política de reconocimiento a los grupos minoritarios angloparlantes. ■

Bibliografía

- APPIAH, KWAME ANTHONY: *Cosmopolitismo. La ética en un mundo de extraños*, Katz, B. Aires, 2007.
— *La ética de la identidad*, Katz, B. Aires, 2007.
- KYMLICKA, WILL: *Ciudadanía multicultural*, Paidós, Barcelona, 1996.
— *La política vernácula: nacionalismo, multiculturalismo y ciudadanía*, Paidós, Barcelona, 2003.
— *Las odiseas multiculturales: las nuevas políticas internacionales de la diversidad*, Paidós, Barcelona, 2009.
- TAYLOR, CHARLES: *Fuentes del yo: la construcción de la identidad moderna*, Paidós, Barcelona, 2003.
— *El multiculturalismo y “la política del reconocimiento”*, F.C.E., Madrid, 2003.

María José Villaverde es catedrática de Ciencia Política de la Universidad Complutense.